

La chamarra verde

González González, Mara

2015-03-20

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/630>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Fotografía: See Ming Lee / CC BY

La chamarra verde

Mara González González

Alumna de la licenciatura en Derecho de la Ibero Puebla, octavo semestre.

Ésta no es una historia sobre héroes o princesas, no es la clase de relato que encontrarías en un estante dentro de una biblioteca, eso ya lo conocemos. Ahora relataré algo distinto...

Nuestra historia comienza en una tienda de ropa promedio, con un joven universitario promedio, quien estaba buscando una chamarra para poder soportar el frío durante las clases que aún no lograba comprender por qué eran a las 7:00 de la mañana.

En un espacio de esta tienda había una chamarra verde que esperaba ansiosa conocer el mundo; desde el comienzo de la temporada de invierno había llegado a esos aparadores anhelando que alguien la comprara, al igual que había sucedido con el resto de sus compañeras; el tiempo había pasado, y ya comenzaba la temporada de verano, lo sabía porque las jóvenes que entraban al negocio comentaban cuánto tendrían que adelgazar en unas semanas para ponerse el traje de baño.

La chamarra verde estaba impaciente, pues si no la compraban pronto, sería enviada a la bodega y nadie estaba seguro de qué ocurría en aquel lugar.

Tal vez suene extraño, pero si lo pensamos un poco, la ropa es muy parecida a los seres humanos, viene en distintos modelos, tallas y colores. Y al igual que la mayoría de nosotros tienen un sueño; la ropa quiere cumplir su propósito: abrigar. Claro que hay alguna que es vanidosa, que sólo le importa lucirse, pero no hablaremos de esa clase de ropa “hueca”, que si bien es hermosa, puede llegar a contaminar las mentes de la juventud y, en algunas ocasiones, causar frustración; pero esa es otra historia.

El joven recorrió la tienda rápidamente y fue entonces cuando la vio con su especial color verde; después de probársela se formó para pagarla. De poder hacerlo, la chamarra hubiera gritado de felicidad. Mientras esperaba en la fila, detrás de una joven que comentaba con una amiga su indignación respecto a las políticas ambientales, él recordó que cuando asistía a la Primaria el clima no era tan extremo; quizá su madre tenía razón cuando, preocupada, le dijo que había leído un estudio, realizado por el Panel Intergubernamental del Cambio Climático de la ONU, que decía que el cambio climático sería más rápido y destructivo de lo que se pensaba. La principal inquietud de su madre era, por supuesto, el futuro de su hijo y nietos; el joven sonrió al imaginarse con hijos, primero debería graduarse, quizá hacer una maestría, conseguir un empleo bien remunerado (algo complicado con la crisis económica mundial) y, por último, pensaría en una familia. Pero esta historia no es acerca del joven, esta historia es sobre la chamarra que él compró.

La chamarra estaba entusiasmada por su primer día fuera de la tienda. Camino a la universidad, el joven prendió la radio, la locutora mencionó, entre las noticias de varios periódicos, una que particularmente preocupó a la chamarra: “Mexicanos perciben 80% la inseguridad a la alza”, y siguió anunciando que, según una asociación civil, “los delitos de alto impacto pasaron de 736 mil a 937 mil”. La chamarra no sabía bien qué eran los delitos de alto impacto, pero alguna vez escuchó hablar a las empleadas de su antigua tienda quejarse de la inseguridad, ya que una de ellas había sufrido un asalto. Por tanto, sintió miedo, pues mientras estuvo colgada nunca tuvo ningún problema. ¿Qué pasaría si este nuevo mundo no le gustaba? Tal vez debió esconderse entre la demás ropa, quizá la bodega hubiera sido mejor. Estos pensamientos desaparecieron una vez que entró al salón de clases y escuchó más voces. Una joven se acercó para hablar con Arturo (la chamarra supo el nombre de su portador gracias a la madre de éste) sobre la pelea que había tenido con su novio la noche anterior, ya que últimamente él salía con sus amigos, regresaba a su casa en estado de ebriedad

y lo que más le preocupaba a ella era que así manejaba su coche y había leído en una red social que el 90% de los accidentes automovilísticos eran ocasionados por el alcohol. Su novio le había comentado que todos sus amigos manejaban ebrios y si él no lo hacía lo sacarían del grupo. La chamarra no pudo saber cómo terminó la pelea de la chica debido a que llegó el profesor; la clase le pareció muy interesante, el maestro hacía reflexionar a sus alumnos, les hizo ver lo afortunados que eran por ser estudiantes universitarios ya que, según algunas estadísticas, de cada 100 niños que ingresan a la Primaria sólo 17 entran a la universidad. Además, el profesor les recordó que su universidad no buscaba crear a los mejores del mundo, sino a los mejores para el mundo. La chamarra se sintió muy orgullosa de poder estar en esa clase, el día transcurrió y ella aprendió todo lo que pudo, no dejaba de poner atención en cada detalle que mencionaban los compañeros de Arturo y sus profesores.

El tiempo pasó, el verano llegó, y con él la chamarra ya no era necesaria, pasaron los días y se sintió triste de estar encerrada en un armario. Finalmente, un día Arturo entró con su mamá a la habitación, hablaban respecto a qué ropa donarían para la campaña de acopio que estaba realizando la universidad; el miedo invadió a la chamarra desde el momento en que el joven la descolgó y la empacó. Su miedo no desapareció hasta escuchar voces; se tranquilizó cuando sintió que unas manos más ásperas que las de su antiguo dueño la tomaron, escuchó que el joven de las manos ásperas dio las gracias pues necesitaba una chamarra para ir a trabajar y no había tenido el dinero para comprarla porque era el responsable de la familia desde que su padre se había marchado para buscar un futuro mejor. La chamarra se sintió feliz porque volvería a ser útil, podría abrigar a alguien más y aprendería más cosas.

Luego de unos años, la chamarra aprendió que los jóvenes se esfuerzan todos los días por tener un futuro mejor, comparó su primer hogar con el actual y se dio cuenta que, a pesar de las evidentes diferencias, ambos jóvenes pasaban por problemas semejantes, como el alcoholismo, la inseguridad, las relaciones amorosas, el desempleo y la corrupción. Sin embargo, a ellos no sólo les importaba su bienestar y el de su familia, sino también el de la sociedad en la que vivían y trabajaban, porque tenían muy claro qué querían lograr, y no perdían la esperanza de alcanzar un futuro mejor; un futuro donde los sueños sean más reales, los miedos más valientes y la juventud más madura; un futuro que, sabían, estaba a su alcance mientras no perdieran los principios, sus valores y la esperanza. Ese futuro podía ser realidad mientras no se dejaran corromper. Qué lindo es ser una chamarra verde, verde como el color de la esperanza.



Reina del laberinto
Autor: Zyan